

¿Educar en valores?

No hay reunión amistosa o familiar de personas relacionadas con niños y jovencitos que no acabe en disquisiciones sobre lo rebeldes e incontrolables que salen ahora los pequeñajos. Normalmente no se llega a concluir nada, pues, si hay algún mocoso cerca, se pondrá a gritar o a montar numeritos para que los mayores no puedan hablar y para ser él el centro único de la atención. Entrecortadamente, los adultos acaban sosteniendo que educar y domesticar un poco a la prole es poco menos que imposible y que, a la postre, todo depende de que los hijos nazcan dóciles y reposados; si no, nada que hacer, resignación y a resistir. Que no aceptan normas ni órdenes las criaturas, vaya, y que no queda más que hacerse a la idea y abandonarse a su imperio.

Falso de toda falsedad. Hay detalles significativos que indican lo erróneo de la tesis de fondo y marcan por dónde debe ir la reflexión. Mencionemos un par de ellos. Creo que no conozco ningún niño de más de dos años que no tenga perfectamente asumida la regla de que no puede cruzar la calle si no es de la mano y bajo la vigilancia de una persona mayor. ¿Acaso nacen predispuestos para el acatamiento nada más que de las normas de circulación? Mi hija, desde bien chiquita, se para cuando en un paso de peatones ve el semáforo en rojo y hasta se permite criticar a los que entonces cruzan. ¿Será que no entienden más normas que las de los semáforos?

Mi hija es celíaca. Ya nos habían dicho que el riesgo de que se tome por su cuenta alguna chuchería con gluten es muy escaso a partir de, poco más o menos, los tres años, pues asimilan las indicaciones de que deben preguntar siempre si el alimento o golosina que fuera de casa les den tiene o no tiene gluten. Ella ahora tiene cuatro años y ni ante la más tentadora de las tartas sucumbe sin la pertinente averiguación previa. No es especial mérito suyo, al parecer, pues todos los celíacos aprenden a comportarse así con los alimentos. No solo eso, pues, de propina, se conducen con un punto de orgullo cuando se atienen a esas pautas y demuestran que las entienden y saben acatarlas.

Sin embargo, por lo común esos mismos niños no dejan de gritar en la mesa o no aceptan permanecer en ella correctamente sentados durante las comidas. Los ejemplos de rebeldías cotidianas constantes que cabría enumerar son infinitos. Si no les apetece el baño, también se alteran y rugen; si no tienen ganas de la comida que toca ese día, reclaman otra a voz en grito; si se les ruega que dejen de gritar, vocean más fuerte; si no se les compra el muñequillo que acaban de ver en el escaparate, son capaces de ciscarse en los muertos del progenitor y de tirarse al suelo en pleno ataque histérico. Y así con la mayoría de las cosas.

Solo hay que pensar dónde están las diferencias, por qué son tan distintas de esas las reacciones a la hora de atravesar la calle y de comer o no el pastel según que lleve o no lleve gluten. Diríase que la respuesta es sencilla: los padres y

adultos en general han llevado por el libro y consecuentemente la imposición de aquellas normas a los enanos. ¿Por qué? Porque a todo el mundo le aterriza que a su hijo o sobrino se lo atropelle un coche o se le intoxique. El esquema es simple, norma que se tiene por importante es norma que se impone congruente y constantemente, respaldada por la correspondiente explicación, y que el niño incorpora sin traumas ni problemas, hasta con satisfacción.

¿Y las otras? Las otras no se hacen valer ni se transmiten de esa manera porque los mayores hemos dejado de verles el fundamento. Y esto es así por dos razones: porque nosotros mismos ya no somos capaces de dar cuenta convincentemente de la justificación de esas normas que prescriben que hay que comer civilizadamente y no como un animal, o que se debe respetar el turno de palabra, o que no se debe imponer el propio deseo a voz en grito, o que no se puede comprar todo lo que se antoja. Y así todo. Y, en segundo lugar, porque nosotros, ciudadanos, estamos reñidos con la propia idea de norma. Estamos, aquí y ahora, poseídos por la sospecha de que toda regla social, incluidas las más elementales reglas de cortesía, es una imposición autoritaria que contraviene la natural y muy benéfica espontaneidad de los humanos, buenísimos por naturaleza, adorables por designio divino. Mientras el sádico de seis años apuñala al abuelo, siempre suena la voz de algún pariente que proclama aquello de bah, déjalo, pobrecito, los niños son así y no los vas a castigar por eso. Y cuando la criatura dolosamente estampa contra el suelo el huevo frito que había para la cena, el padre y la madre se levantan disciplinadamente a prepararle los macarrones con tomate que más le gustan, pobrecillo mío, criaturita tierna. Luego esos macarrones solicitados tampoco los va a comer, pero al menos se ha divertido viendo que sus parientes son una panda de gilipollas sumisos. De propina, como esos familiares tampoco están dispuestos a aceptar que su hijo es un hijo de la gran puta y ellos unos cantamañanas esclavizados, al día siguiente lo llevan al pediatra por si tiene una oclusión intestinal o unas decimillas de fiebre, mi sol, pues buscamos un dictamen médico que nos libre de asumir la evidencia, la evidencia de que nosotros somos unos pringados y al niño lo hemos convertido en un engendro inclemente.

Se padece una clara situación de anomia. Pero no la padecen los niños, sino los padres y adultos en general. La capacidad de los bien pequeños para asimilar normas y comportarse de acuerdo con ellas es poco menos que infinita. Pero para transmitírselas hay que creérselas y ha de vérselas el sentido y razón de ser. Y ahí es donde nos duele.

Si usted impone a su hijo la pauta de que las calles tiene que cruzarlas a la pata coja o con una mano en cada oreja, se está comportando con él como un tirano bien autoritario, como un sádico que abusa. Si le dice que no puede cruzar si no es de su mano y mirando a los dos lados de la carretera y al semáforo y por el

paso de cebra, hace algo bien razonable. ¿Y si se trata de normas de elemental cortesía, como la de que no se corretea entre las mesas de los demás comensales del restaurante, o que no se mete el dedo en la sopa del vecino, o no se pone uno a cantar a grito pelado mientras los demás comensales conversan, o que no se practica la puntería con la pistola de agua en la calva del abuelo que desayuna? Casi todos los niños que conozco cruzan las vías públicas como mayorcitos responsables e incumplen todas esas otras indicaciones. ¿Será su culpa? No, es la nuestra. Tal vez inconscientemente pensamos que en todo lo que no ponga en peligro la vida propia, como al atravesar la calle, lo ideal es comportarse como un cerdo. Se lo permitimos a ellos porque nos apetecería a nosotros. ¿Quién no ha fantaseado con lanzarle a la suegra un escupitajo de garbanzos durante el cocido de los domingos? Yo no, de verdad (este blog lo lee mucha gente, no toda lejana). Pero otros, seguro que sí, la mayoría. Y a lo mejor es que nos sentimos realizados cuando es un hijo nuestro el que se pone salvaje y, para mayor gozo, impunemente.

Hay una secuencia lógica y por eso se explican algunos misterios de muchos de los ya jóvenes que a diario observamos con perplejidad. Comida casera, tal vez con unos cuantos invitados. Al acabar, los más adultos se levantan y recogen la mesa. Ya también los varones, por fortuna. ¿Quiénes se quedan sentados como si el asunto no fuera con ellos o todo el resto fuera personal del servicio doméstico, como si tuvieran plomo en el culo? Los jóvenes de trece a treinta años. Con un par. Sin remordimientos. Con expresión feliz en su cara gorda. Si alguien los reconviene, se alzan pausadamente y llevan un plato a la cocina, por lo general el suyo. Solo uno y lentamente. De vuelta, agotados, lanzan sus posaderas contra la silla con gesto de agotamiento y fastidio. Si lo llego a saber, me quedo en mi habitación con el ordenador, tal parece que nos indican. Tal vez una abuela bondadosa murmura que pobrecitos, que no molestemos al chaval, que ha estudiado mucho esta temporada y anda con estrés. Ha suspendido casi todas las asignaturas, el muy jodido, pero debe de estar para el arrastre. Es una vida muy dura esa de tener que despertarse cada día al cabo de doce horas de sueño y unas cuantas pajillas.

Sí, doce horas. ¿Ustedes se han fijado en cuánto duerme este personal juvenil? Mucho, a las horas que les gustan. Los hay, en abundancia, que no han contemplado un amanecer desde hace un lustro, a menos que sea antes de acostarse. A la quinta vez que la mamá ha tocado en su puerta para comunicarle que la comida se enfría y que los tíos y los abuelos han llegado hace rato, pues hoy es el cumpleaños del propio sujeto y hasta han traído regalos y tarta, el cretino con acné aparece en estado semicomatoso y con cara de hastío. No pronuncia palabra durante el ágape y se larga apresuradamente, previa petición de las llaves del Audi, pues su Ibiza lo tiene en el taller porque el otro día le dio un golpe, qué mala pata.

A los cafés, la supuesta familia diserta sobre las dificultades de la educación actual y lo poco que enseñan en los colegios. Acaba saliendo el tema de que el chico no le ha tomado el gusto a Derecho y, al cabo de tres años y cinco asignaturas superadas, ahora quiere ir a estudiar cine en Valencia. A ver si vamos a tener un Almodóvar en la familia, sería genial, fantasea la tía Marisol, soltera y madrina del genio. Pues habrá que pedir un crédito para que el muchacho pueda seguir su vocación, afirma el padre, a lo que el tío Pepe replica que lo de los créditos se ha vuelto imposible porque los bancos ya no te dan un duro y que menudos sinvergüenzas los de las finanzas. El resto de la sobremesa versa sobre las injusticias del capitalismo y que lo que pasa es que hay mucha corrupción y mucho zángano. Nadie se da por aludido.

Cuando en realidad las reformas constitucionales y legales habría que hacerlas para poner atenuantes a unos cuantos supuestos del delito de parricidio. O para despenalizarlo.

[Dura Lex](#)